

# Proceso de Maduración Psíquico-Espiritual del Sacerdote

Luis Jorge González, OCD.

Director de la Sección de Espiritualidad en el Instituto Pastoral del CELAM.

Presento algunas sugerencias que pueden estimular la creatividad de los responsables o interesados en la formación permanente de los sacerdotes.

Ya el Concilio Vaticano II señalaba que “la formación sacerdotal, sobre todo en las condiciones de la sociedad moderna, debe proseguir y completarse aún después de terminados los estudios en el seminario. Por ello, a las Conferencias episcopales tocará servirse en cada nación de los medios más adecuados, tales como los Institutos de Pastoral... que introduzcan al clero joven, bajo el aspecto espiritual, intelectual y pastoral, en la vida y actividades apostólicas y le capaciten para renovarlas y fomentarlas cada día más”<sup>1</sup>.

Esta demanda del Concilio, por cierto no suficientemente atendida por los Documentos de Medellín, se dirige preferentemente al “clero joven”. Sin embargo, en nuestros días se va abriendo paso el proyecto de interesarse por la “formación” del sacerdote a lo largo de toda su vida. A partir de un encuentro latinoamericano promovido por el CELAM<sup>2</sup>, algunas Conferencias episcopales comienzan a dar pasos efectivos hacia lo que podemos llamar una *pastoral sacerdotal*<sup>3</sup>.

Por otra parte, la planificación de sistemas de formación implica, precisamente, los tres aspectos señalados por el Concilio: “espiritual” (actitudes), “intelectual” (conocimientos) y “pastoral” (habilidades)<sup>4</sup>.

Además, este tipo de planificación suele arrancar de las *necesidades* y problemas de las personas. Luego se determinan los *objetivos* y los requisitos de *solución*, para seleccionar enseguida los *medios y métodos* más eficaces. De ahí se pasa a la *ejecución* de las estrategias de solución. Y, por último, se determinan los requisitos de *revisión* para poder realizar las evaluaciones necesarias<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> Vaticano II, Decreto *Optatum Totius*, sobre la formación sacerdotal, 22.

<sup>2</sup> Este encuentro, con un representante de cada país, tuvo lugar en Caracas del 29 de mayo al 4 de junio de 1977.

<sup>3</sup> En Colombia se acaba de tener, bajo los auspicios del Departamento de Ministerios Jerárquicos del Episcopado Colombiano, un “Encuentro Nacional sobre Formación Permanente”, en Bogotá, del 12 al 15 de septiembre de este año. Este ensayo fue presentado por el autor allí, en forma más abreviada. Agradezco la invitación del P. Guillermo Melguizo y las oportunas observaciones y correcciones por parte de los participantes.

<sup>4</sup> R. A. Kaufman, *Planificación de sistemas educativos*, México 1976, pp. 22-23.

<sup>5</sup> *Ibid.* pp. 23-38.

En este ensayo me detendré a considerar algunas *necesidades, objetivos* y posibles *soluciones*. Integraré los aspectos psicológicos y espirituales de la maduración sacerdotal porque me adhiero a quienes consideran que la *gracia* se encarna en las condiciones psico-sociales de la persona humana<sup>6</sup>.

El desarrollo de este ensayo implica dos partes. La primera establece algunos principios doctrinales de tipo psicológico y espiritual. La segunda señala las grandes etapas de la existencia sacerdotal con sus necesidades y posibles soluciones. Me sitúo en la perspectiva de los obispos, superiores o responsables de la formación permanente, pero también tomo el lugar de quienes somos sujetos de la formación.

## I. Proyecto de Sacerdote Maduro

### 1. Perspectivas espirituales.

Ante todo, el sacerdote es un viviente. En consecuencia, los que somos sacerdotes hemos de progresar en la habilidad para vivir en contacto vital y teologal con el *medio ambiente*. La variedad de clima, rasgos geográficos, marco ecológico, etc., son condicionantes de las costumbres y comportamiento de los individuos y grupos. Es por ello que la vida cristiana debe arraigarse en la realidad ambiental. Un campesino que respira aire puro, padece menos tensiones y vive en contacto con la naturaleza, tiene una mayor predisposición para descubrir al Creador del mundo y de los hombres. En cambio, el hombre de ciudad se ve obligado a un esfuerzo constante, para no perder de vista al Dios ausente y desterrado de la ciudad secular. Allí, las presiones y tensiones del tráfico, el ruido, la contaminación, las aglomeraciones y la falta de espacio se convierten en una *cruz*. Si ésta es cargada con actitud teologal (fe, esperanza y amor), se convierte en una accessis que supera el uso de cilicios, ayunos y otras mortificaciones corporales y espirituales.

Acabo de insinuar que el avance de la *cultura* producida por la industrialización y la formación de las macrópolis, desemboca en el secularismo y en el ateísmo. Y los sacerdotes de América Latina ya no conocemos estos fenómenos desde una perspectiva meramente teórica o literaria. Entre nuestros universitarios se multiplican quienes se consideran ateos.

Por otra parte, en el campo y en los pueblos y también en ciertos ambientes de las ciudades se conserva el llamado "catolicismo popular". Nosotros mismos, los sacerdotes, conservamos no pocos rasgos de ese catoli-

<sup>6</sup>N. Bonora, "Una diffusa anomalia della Teologia contemporanea", en *Rivista di Ascetica e Mystica*, 9 (1964) pp. 283-291. F. Giardine, "Maturità umana e perfezione cristiana", en *Rivista di Ascetica e Mystica*, 11 (1966) 297-305.

cismo que asimilamos en nuestros hogares. En este caso, los modelos de conducta con que nuestra sociedad satisface sus necesidades fundamentales, oscilan entre el ateísmo de la cultura urbana e industrial y el providencialismo de la cultura agrícola. Y así, el sacerdote tiene que enfrentarse a una sociedad "pluralista" que en ciertos ambientes lo rechaza y en otros los venera<sup>7</sup>.

La espiritualidad sacerdotal también necesita de la cultura concreta de la sociedad en que vive. Y, de hecho, no puede ser de otra forma. Ahora que si se coloca de lado de ciertos "teólogos", perderá contacto respecto a la riqueza viva del pueblo y hablará de la "religiosidad popular" y no del "catolicismo popular". Verá al pueblo como menor de edad, primitivo, supersticioso. Y, en consecuencia, puede caer en una espiritualidad teórica, desencarnada y farisáica.

Si el sacerdote, a ejemplo de Jesucristo, se hace uno con los pobres<sup>8</sup> y también con los pecadores,<sup>9</sup> y ora con el pueblo como Jesús,<sup>10</sup> puede encontrar en la vida un estímulo para hacer vivos sus conocimientos de la Palabra que es vida.

Un punto esencial de la espiritualidad contemporánea es su apoyo y su proyección en la *sociedad*. De acuerdo a la sociedad preindustrial, la espiritualidad puede estar teñida con las "mismas características que tienen las relaciones sociales en el centro residencial, es decir, de individualismo, de sentimiento y de apoyo en las frustraciones"<sup>11</sup>.

Y con un cristianismo de este corte individualista no se lanza uno a las urnas electorales, ni al respeto de las leyes del tráfico que protegen la vida ajena, ni a la austeridad económica que se requiere en nuestros países latinoamericanos.

Por el contrario, en una sociedad pluralista y más o menos industrializada, la caridad debe desbordar la vida privada. Y, por ejemplo, evitaré la contaminación ambiental porque así protejo la salud física y mental del prójimo. Seré responsable en mi trabajo, sea cual sea, para ayudar al progreso de mi sociedad. Ahorraré combustible y agua para evitar, —con la colaboración de todos los cristianos—, que exista un motivo más para el encarecimiento de la vida. Evitaré el colaborar en el mantenimiento de estructuras injustas...

La espiritualidad cristiana requiere también un clima estrictamente *comunitario*<sup>12</sup>. Todavía nos encontramos con sacerdotes que contra el ideal

<sup>7</sup> E. Colagiovanni, *Crisi vere e false nel ruolo del prete de oggi*, Città Nuova, Roma 1973, pp. 26-34.

<sup>8</sup> Vaticano II, Constitución *Lumen Gentium*, 8.

<sup>9</sup> S. Galilea, *Aspectos críticos en la espiritualidad actual*, Bogotá 1975, pp. 56-64.

<sup>10</sup> A. Hamman, *La Oración*, Barcelona 1967, pp. 68-86.

<sup>11</sup> E. Colagiovanni, *Ob. Cit.*, p. 43.

<sup>12</sup> Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 1, 23-32.

neotestamentario<sup>13</sup> subrayado por el Vaticano II,<sup>14</sup> pretenden santificarse y salvarse aisladamente, "sin conexión alguna de unos con otros". Y, sin duda todos tenemos algún rasgo de individualismo y aislamiento espiritual.

Como consecuencia de lo anterior podemos contentarnos con una caridad teórica e irreal. La psicología describe el amor humano como la capacidad de "crear al otro" en cuanto se le ayuda a desarrollar sus potencialidades personales concretas y observables.<sup>15</sup> Y para "crear" al otro se requiere la habilidad de establecer relaciones interpersonales profundas. De ahí que si no sabemos relacionarnos es imposible vivir la caridad cristiana. La gracia no destruye la naturaleza ni edifica sobre un terreno arenoso.

Naturalmente, el presbítero puede hacer comunidad con otros presbíteros para encontrar allí el terreno mejor para vivir la amistad cristiana.<sup>16</sup>

Pero, si bien la santificación no ocurre en el aislamiento y requiere el ambiente comunitario, tampoco puede prescindir de la *persona* y requiere el terreno biológico, corporal y psicológico.

Aún dentro de la comunidad es la persona quien debe disponer de su libertad para responsabilizarse de su crecimiento espiritual. Nadie puede suplantar a la persona. Cada uno se santifica de manera única e irrepetible aún dentro de las características propias de la espiritualidad del tiempo y lugar en que vive.

Atendiendo al momento histórico de América Latina y en perspectiva personal, se dice que el presbítero tiende hacia una espiritualidad que posee las siguientes características:<sup>17</sup>

- trinitaria,
- mariana,
- comunitaria,
- tridimensional: profética, santificadora y diaconal,
- pascual: conversión y liberación personal,
- contemplativa: oración personal y litúrgica,
- testimonial.

Pienso que debemos acentuar el aspecto pascual hablando de una espiritualidad de "éxodo" que corresponde muy adecuadamente a las circunstancias actuales de Latinoamérica.<sup>18</sup> Caminamos por el desierto de "una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucional-

<sup>13</sup> Cfr. Jn. 17, 20-24; 1 Jn 1, 1-4.

<sup>14</sup> Vaticano II, Constitución *Lumen Gentium*, 9.

<sup>15</sup> V. E. Frankl, *Man's search for meaning*, New York, 1971, pp. 176-177. A. H. Maslow, *Toward a Psychology of Being*, New York 1968, p. 43.

<sup>16</sup> B. Kloppenburg, *Identidad Sacerdotal*, Bogotá 1975, pp. 149-153. También en E. Colagiovanni, Ob. Cit. pp. 143-146.

<sup>17</sup> Cfr. CELAM, *Espiritualidad Presbiteral hoy*, Bogotá, 1975, pp. 70-73.

<sup>18</sup> C. Maccise, "Hacia una espiritualidad actual en Latinoamérica", en *Vida Espiritual*, 42 (1971), 37-39.

lizada".<sup>19</sup> Y nos dirigimos, bajo la guía del Espíritu, hacia la libertad que Cristo nos trajo,<sup>20</sup> para que podamos amarnos unos a otros como hijos del mismo Padre.<sup>21</sup>

Para poder captar el plan que el Padre tiene para América Latina se requiere una actitud y vivencia *completativas*. Es decir, al centro de nuestra espiritualidad sacerdotal hemos de colocar, como se hace hoy,<sup>22</sup> la "experiencia de Dios".

Algunos teólogos de nuestro tiempo se ocupan expresamente de este tema de la experiencia de Dios. Resumiendo el pensamiento del P. Rahner, nos encontramos con las siguientes proposiciones:

— "El mundo y la sociedad de nuestro tiempo secularizado no prevén, al contrario, rechazan lo trascendente haciendo muy difícil a los hombres el vivir en perspectiva sobrenatural;

— en tal contexto, es el individuo quien debe afirmarse a través de la convicción personal;

— esta última no es posible sino a través de una experiencia personal, el único modo para hacerse consciente de aquello que todo y todos no quieren reconocer o ignoran;

— a la experiencia personal no se llega a través de una guía iluminada;

— ahora, la manera de llegar a tal experiencia religiosa, personal, bajo un guía que posee ya su experiencia y la capacidad de reflexionarla y de comunicarla, es lo que llamamos mistagogía. Esta, consecuentemente, debe también determinar cuáles son esas experiencias y las condiciones para su realización;

— esta experiencia personal —y, en consecuencia, la mistagogía que conduce a ella—, son el culmen de toda la acción pastoral de la Iglesia precisamente porque constituyen la única respuesta verdaderamente decisiva para la realización de la vida cristiana. Se trata, pues, de la tarea más urgente, más aún, de lo único necesario en definitiva para el futuro de la vida cristiana".<sup>23</sup>

En América Latina se nos presenta el mismo panorama. S. Galilea lo sugiere en estos términos: "Se ha tomado la conciencia de que el problema de la fe emerge como crucial para los cristianos y hombres de Iglesia. No la fe del pueblo, o la falta de fe de los incrédulos. No se trata de cuestio-

<sup>19</sup> Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Conclusiones*, II, 16.

<sup>20</sup> Cfr. Gal 5, 1.

<sup>21</sup> Cfr. Gal 5, 13; Hbr 2, 10-12; G. Gutiérrez, *Teología de la Liberación*, Lima 1971, p. 58.

<sup>22</sup> F. Ruiz Salvador, *Caminos del espíritu*, Madrid 1974, pp. 28-32. Ch. A. Bernard, *Compendio di teologia spirituale*, Roma 1976, pp. 37-54.

<sup>23</sup> M. Aguilar Schreiber, "Mistagogia. Comunicazione e vita spirituale", en *Ephemeres Carmeliticae*, 28 (1977) 5-6.

nar la fe de los "otros", de los obispos, teólogos —profesionales— de la fe u otros eclesiásticos. La fe que hace problema, y que se cuestiona, es la propia fe, la fe personal, "mi" fe.

...Lo que las nuevas generaciones piden hoy a los hombres de Iglesia es que den cuenta de su vivencia personal de fe. No se acepta el "profesional de la religión". Al obispo se le pregunta por su experiencia evangélica en su cuadro de vida episcopal, y al religioso qué significa para él la experiencia del celibato...

Se nos pide comunicar *una experiencia personal* y no puras ideas. En esto está el desafío del apostolado: que la certidumbre que transmitimos la hayamos previamente experimentado en nosotros. El peligro, al no tener la experiencia personal, es de hacernos incapaces a irradiar la certidumbre de la Esperanza. Es proyectar nuestros problemas, dudas y conflictos. Ya no comunicamos una Promesa cierta, sino una problemática humana.

Por todo esto, la *contemplación* cristiana es hoy día más importante que nunca. Contemplación entendida como experiencia de Dios y de su Palabra: como capacidad de transmitir una experiencia y no sólo una doctrina. La urgencia de situar la fe en la raíz del problema espiritual y pastoral, sitúa también la contemplación en el centro del apostolado y de la espiritualidad.

...Mientras los eclesiásticos, de hecho evadan el problema radical de su fe personal, y lo reemplacen por sucedáneos (reforma de las técnicas y estructuras), las actuales generaciones seguirán bajo la sensación de malestar que hoy invade a muchos cristianos comprometidos en América Latina. Sensación de que ni el Concilio, ni mucho menos la Conferencia de Medellín han respondido a las legítimas expectativas que despertaron".<sup>24</sup>

Que los sacerdotes latinoamericanos, incluidos los obispos y religiosos, requieren hoy día la experiencia de Dios para transmitirla como "culmen de toda la acción pastoral de la Iglesia", parece indiscutible. Se retorna al estilo testimonial de los mismos apóstoles.<sup>25</sup>

Pero no se llega a la contemplación sino a través de la práctica seria, efectiva y teologal de la oración personal y litúrgica. Al mismo tiempo es necesaria una vida cristiana que se encarne en el *medio ambiente*, en la *cultura*, en la *sociedad*, en la *comunidad* eclesial y presbiteral y en las condiciones corporales y psicológicas de la *persona*.

<sup>24</sup> S. Galilea, Ob. Cit. pp. 10-12.

<sup>25</sup> Cfr. 1 Jn 1, 1-4; Gal 1, 16; Fil 3, 8.

## 2. Proceso de maduración psíquica

Algunos autores nos presentan descripciones más o menos estáticas de la madurez psíquica, y nos ofrecen un conjunto de rasgos o características.<sup>26</sup> Otros prefieren presentar la madurez como un *proceso*.<sup>27</sup> En este caso, el hombre maduro no se caracteriza tanto por el equilibrio sino por el experimentarse como siendo "devenir".

El Concilio Vaticano II nos presenta algunos rasgos del sacerdote maduro.<sup>28</sup> Tales rasgos recogen algunos elementos esenciales que pueden ser aprovechados<sup>29</sup>. Sin embargo, el avance, cada vez más acelerado, de las investigaciones psicológicas, nos obliga a tener en cuenta ciertos aspectos de la personalidad que juegan un papel fundamental en el "proceso de convertirse en persona".<sup>30</sup>

*Dimensión corporal de la persona:* En total coincidencia con el concepto bíblico del hombre, la psicología contemporánea contempla al hombre como una totalidad organizada. La personalidad es una estructura que coaduna, mediante el "propio Yo", las funciones interrelacionadas de las diferentes partes del ser humano.

Sin embargo, el Yo no es algo diferente del cuerpo a alguien que tiene un cuerpo. Esta sensación de dicotomía corresponde a los estadios inferiores del proceso de convertirse en persona.

En cambio, a medida que el proceso de madurez va avanzando, la persona se siente plenamente identificada con su cuerpo: Ya no se piensa o se habla del cuerpo como si fuera un objeto distinto del Yo: "la cabeza me duele", sino: "tengo, siento un dolor de cabeza".

Por otra parte, el cuerpo, es el condicionante más inmediato y efectivo de nuestras conductas. La fatiga, la tensión, la postura, la respiración, las represiones, etc., limitan nuestras vivencias, expresiones y comportamiento.<sup>31</sup>

Todavía más, las formas de psicoterapia más recientes han hecho descubrimientos notables acerca del papel esencial que el cuerpo juega en nuestro funcionamiento psíquico, moral, espiritual y social.<sup>32</sup>

En consecuencia, se plantea como objetivo para lograr la madurez humana, que se atienda debidamente el cuerpo. No para esclavizarnos a

<sup>26</sup> A. H. Maslow, *Motivation and Personality*, citado en G. W. Allport, *La Personalidad*, Barcelona 1968, pp. 334-336. También en L. M. Brammer y E. L. Shostrom, *Psicología terapéutica*, México 1970, pp. 76-81.

<sup>27</sup> C. R. Rogers, *On becoming a person*, Boston 1961, pp. 167-176.

<sup>28</sup> Cfr. Vaticano II, *Optatam Totius*, 11.

<sup>29</sup> F. Giardini, "Maturità umana e perfezione cristiana", art. cit. pp. 298-302.

<sup>30</sup> Este es, como se habrá visto, el título de la obra de Rogers antes citada.

<sup>31</sup> R. Kurtz & H. Prester, *The Body reveals*, New York 1977, pp. 1-44.

<sup>32</sup> A. Lowen, *Bionergetics*, New York 1976, pp. 61-124.

él, sino para asociarnos e integrarnos con él en la realización de nuestra vida cristiana y sacerdotal. Así pues, debemos atender a la alimentación, a la respiración, a la relajación de las tensiones, al ejercicio físico, al rompimiento de la coraza caracterológico muscular, a la evitación de los bloqueos que producen las tensiones musculares, etc.<sup>33</sup>

Todo lo dicho puede ser colocado en la perspectiva conciliar: "No debe (el hombre), por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día".<sup>34</sup>

*Vivir aquí y ahora:* Para vivir el "aquí y ahora" que coincide con la recomendación de Jesucristo de vivir el presente,<sup>35</sup> se recomienda la Terapia Gestalt el ejercicio del "awareness" o "percepción consciente". La percepción consciente reúne a un tiempo comprensión intelectual y sensación.

Con el fin de realizar la percepción consciente del aquí y ahora se recomienda:<sup>36</sup>

— preferir lo que *aquí* se vive, en lugar de lo que se vivió o se puede vivir en otro lugar;

— preferir lo que *ahora* está ocurriendo, en lugar de escaparse al *pasado* o al *futuro*. Claro que si el recuerdo del pasado o la fantasía del futuro ayudan a vivir mejor el presente, se está manteniendo el contacto con el ahora;

— preferir la *experiencia o acción* acerca de lo que aquí y ahora está ocurriendo, en lugar de la reflexión, racionalización o abstracción mental.

Pero, en este momento, quisiera dirigir la atención, sobre todo, al uso de la percepción consciente para entrar en contacto con las propias *necesidades* personales y también con las *emociones*.

Como es bien sabido, son las necesidades —llamadas también impulsos, tendencias o motivos—, las que nos lanzan a las acciones con que pretendemos satisfacer, a partir del ambiente y de la ayuda de otros, esas mismas necesidades. Por eso, motivar es el arte de despertar la necesidad.

Se comprenderá que el proceso de maduración supone la percepción consciente de los propios motivos o impulsos si se quiere ser dueño de sí. Esto es válido, particularmente, para la sexo-afectividad.

Lo mismo vale para las emociones que son las reacciones que el mundo externo produce en nuestro interior. Y que, en unión con las necesidades, producen nuestras conductas. Alguien que está enojado se comporta

<sup>33</sup> A. Lowen, *The language of the body*, New York 1975, pp. 118-158.

<sup>34</sup> Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 14.

<sup>35</sup> Cfr. Mt. 6, 34.

<sup>36</sup> C. Naranjo, "Present-Centeredness: Technique, Prescription and Ideal", en J. Fagan & I. L. Shepherd (Eds.), *What is Gestalt Therapy*, New York 1973, p. 68.

de manera muy distinta del que está alegre. Es decir, las emociones, como lo indica la etimología de la palabra, son "mociones" desde nuestro interior.

Así se explica que en la terapia centrada en el cliente se dé tanta importancia a los sentimientos y emociones. Porque ellas son responsables, en buena parte de nuestra conducta.

De hecho, algunos de los "frutos del Espíritu" entran en la categoría de las emociones: "amor, alegría, paz, etc."<sup>37</sup> Es por ello que el sacerdote será capaz, a un tiempo, de percibir conscientemente sus emociones y de orientarlas como mejor convenga para el propio bien y el de los otros.

*Discernimiento intelectual:* El pensamiento juega también su papel en la vida del hombre. No tan esencialmente como querían ciertas corrientes filosóficas, pero sí en gran medida. Por el pensamiento el hombre conoce lo que ocurre en su mundo exterior e interior. Así puede aprovechar el impulso de sus necesidades para vencer los obstáculos que interfieren en el mundo exterior. También el pensamiento le permite descubrir que sus necesidades entren en conflicto con las de otros que también tienen derecho a la vida. Igualmente, el pensamiento permite descubrir en el universo valores espirituales que pueden dar un sentido auténtico a la existencia humana.<sup>38</sup>

Se considera que el pensamiento es maduro, cuando el individuo mantiene cierta independencia para captar "objetivamente" y juzgar con realismo los acontecimientos del mundo, de la comunidad y de sí mismo. En especial, el pensamiento maduro es capaz de discernir las diferencias, los detalles y los cambios, en las personas y cosas. Y, así, por el discernimiento resulta imposible generalizar diciendo, por ejemplo, que todos los superiores son autoritarios, o que todos los obispos son incapaces de dialogar.

El pensamiento desempeña también una función importante en la tarea de asimilar lo conocido. La asimilación de nuestras experiencias, lecturas, conversaciones, etc., requiere que el sujeto retenga lo que le ayuda a madurar y elimine lo que le resulta nocivo. Aunque, obviamente, la persona que está atrasada en su proceso de maduración, sólo consigue aprovechar un mínimo de los valores que la vida le ofrece. Sus actitudes defensivas la llevan a cerrarse y a bloquearse ante lo nuevo, lo extraño y lo que implica cambios personales.

El sacerdote maduro no sólo será capaz de discernir, sino también de discernir a la luz del Evangelio y del comportamiento y actitudes de Cristo.

*Libertad personal:* Por el perfecto empleo de la motivación en la publicidad y en la propaganda, las personas han perdido en gran medida ese

<sup>37</sup> Cfr. Gal 5, 22.

<sup>38</sup> Ph. Lersch, *La estructura de la personalidad*, Barcelona 1968, pp. 395-404.

constitutivo esencial del ser persona que llamamos libertad. Esta es vista en psicología como un proceso de aprendizaje y no como una adquisición estática.<sup>39</sup>

Y se la considera como la capacidad de escoger la actitud con la cual se quiere reaccionar ante los demás y ante los acontecimientos.

Normalmente, cuando se es libre, los demás determinan las actitudes internas con que respondemos. Si el otro nos pone mala cara, nos enfadamos. Si el otro nos sonríe, sonreímos. Si el otro nos agrede, nos defendemos. Si el otro nos alaba, nos pavoneamos. Y así sucesivamente.

El proceso de maduración supone la autoconciencia de que antes hablamos, para poder llegar a la autoposesión que nos permita reaccionar como queremos nosotros. En consecuencia, ya no se mueve la persona por lo que otros deciden o esperan, sino por lo que ella decide. Puede decidir que quiere hacer lo que los demás esperan y, en este caso, tendremos probablemente un verdadero acto de amor. Porque el amor supone libertad y no presión.<sup>40</sup>

Rogers ha experimentado y constatado cuáles son las condiciones para facilitar el aprendizaje de la libertad personal. Y dice que cuando logramos crear un clima de respeto mediante las "actitudes básicas", entonces el grupo o la persona pueden atreverse a ser ellos mismos. Se permiten la libertad de ser como son. El clima de las "actitudes básicas"; autenticidad, comprensión, empatías y aceptación incondicional la persona "encuentra posible quitarse las máscaras que habían usado, dejar sus conductas defensivas, y ser más abierta a lo que realmente es. Al concurrir estos cambios, se vuelve más autoconsciente, más autoaceptante, más auto expresiva, menos defensiva y más abierta. Encuentra que es libre para cambiar y crecer y moverse en la dirección natural y propia del organismo humano. Puede hacer elecciones incorrectas y luego corregirlas. Reconoce que puede escoger entre ser dañino o constructivo, vanidoso o comprometido con el bienestar del grupo, y cuando estas elecciones pueden ser hechas libremente, tiende a moverse en una dirección socialmente constructiva.<sup>41</sup>

El sacerdote que ha sido llamado a ser profeta, liturgo y orientador no puede dispensarse de entrar en ese proceso del aprendizaje de la libertad. Especialmente por su ser cristiano que implica de manera particular la libertad.<sup>42</sup> Pero una libertad, como sugiere San Pablo, para escoger en el interior las actitudes cristianas: esperanza, paz, alegría y amor. No es una libertad para hacer lo que primero se le ocurra, sino para comportarse como

<sup>39</sup> C. R. Rogers y otros, *Person to person*, New York 1971, pp. 40-50.

<sup>40</sup> C. R. Rogers, *On becoming a person*, O. Cit. p. 167-176.

<sup>41</sup> C. R. Rogers y otros, *Person to person*, O. Cit. p. 50.

<sup>42</sup> P. Franssen, "La gracia y la libertad", en Varios, *La Libertad y el Hombre*, Buenos Aires, 1969, p. 37.

cristiano aún dentro de los condicionamientos bio-psíquicos, familiares, sociales y culturales en que le toca vivir.

Delante de los demás el sacerdote no será el "libertador", sino quien facilita el aprendizaje de la libertad o el proceso integral de liberación.<sup>43</sup>

*Capacidad de trabajo creativo:* A partir del autoconocimiento y de la libre autoposición es posible la *autoexpresión original* y constructiva. Todo lo cual corresponde a una necesidad profunda del hombre. No es ni un castigo ni un lujo el que la persona se entregue a un trabajo creativo. Es una necesidad personal. Por ello, cuando nos entregamos a la realización de una obra pastoral o comunitaria que implica nuestro ser y la expresión de nuestra originalidad, experimentamos una satisfacción y un placer muy hondos.

Si uno de los constitutivos del ser persona es la diferencia, el ser único e irrepetible, entonces se comprende la necesidad de trabajar de acuerdo a la original creatividad del propio ser. No se es original imitando a otros, sino abriéndose a la propia experiencia.

Esta forma de trabajo se convierte en una verdadera sublimación de la sexualidad. Pues si ésta se satisface esencialmente mediante el placer de la entrega a otro, entonces el trabajo creativo y placentero gasta energía sexual y da una dimensión social a la sexualidad. Claro que éste es sólo un aspecto de la sublimación.

Obviamente, el realizar el propio trabajo con despliegue de la creatividad personal, se presenta en forma espontánea en la persona madura. Sin embargo, hay caminos que permiten que el proceso se acelere. Uno de esos caminos es la actitud de "no juzgar" producida por la aceptación incondicional, que no es aprobación de lo negativo sino reconocimiento de la verdad.

El sacerdote maduro no sólo necesita la habilidad de ejecutar un trabajo pastoral creativo, sino también requiere una fuerte capacidad de resistencia ante las presiones sociales, las incomprensiones y las dificultades de la vida.

Pero no es posible ser creativo ni resistente sin la habilidad para descansar de manera profunda y eficaz. El mismo cuerpo nos da una lección maravillosa: el corazón, la respiración, etc., alternan admirablemente la tensión y la relajación. Lo mismo debiéramos hacer los hombres. Y es claro que el sacerdote debe vencer el "complejo mesiánico"<sup>43b</sup> y las enseñanzas de una ascética dada al angelismo, para entregarse sin escrúpulos al descanso realmente requerido por su organismo. Saber descansar se convierte con frecuencia en una verdadera ascesis, pues la fatiga puede ser fuente de faltas a la caridad fraterna, a la responsabilidad pastoral y a la

<sup>43</sup> Cfr. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 30-38.

<sup>43-b</sup> Este complejo nos lleva a sentirnos insustituibles y casi responsables de la salvación de todos. Cfr. R. May, *The art of counseling*, Tennessee 1967, pp. 167-178.

práctica de la castidad sacerdotal. Con la fatiga surgen fácilmente las llamadas "tentaciones contra la castidad" conque el organismo pretende descargar sus tensiones musculares e instintivas.<sup>44</sup>

En resumen, el descanso aumenta la resistencia, la resistencia permite un trabajo eficaz, un trabajo eficiente es placentero y el trabajo placentero abre las puertas a la expresión de la propia originalidad. Lo cual realimenta el placer y así constatamos que el mandato divino del trabajo, como lo sugiere el Génesis, es anterior al pecado.<sup>45</sup>

*Relaciones interpersonales y compromiso social:* En psicología se considera casi unánimemente que el mejor camino para promover el proceso de convertirse en persona son las relaciones interpersonales profundas.

Y la corriente de psicoterapia que más ha ahondado el tema, la terapia centrada en el cliente, sugiere las "actitudes básicas" para el logro auténtico de las relaciones humanas.<sup>46</sup>

Así, la *autenticidad* personal hace que el otro vea mis debilidades y mis valores sin exageraciones ni máscaras. Y con ello se siente animado naturalmente a acercarse y a mostrarse él mismo tal como es.

Por la *comprensión empática* consigo entiendo lo que el otro realmente quiere comunicarme y puedo captar sus experiencias y conductas desde el marco de referencia en que él se sitúa. Así, al meterme en la piel del otro, no sólo lo comprendo, sino que consigo que él se sienta comprendido. Todo lo cual facilita la comunicación y relación interpersonal.

La *aceptación incondicional* no significa aprobación incondicional. Significa, más bien, que acojo al otro tal como es, de una manera respetuosa, cálida y realista. No lo juzgo. Acepto su verdad: odios, rencores, envidias, pasiones, cualidades, alegrías, pecados, virtudes, amores, etc. El mejor ejemplo de aceptación incondicional nos lo ofrece Jesucristo en el trato que le da a la adúltera. No la juzga, ni la regaña, ni la condena. La respeta, la acepta y la empuja en forma positiva al cambio de conductas. No aprueba su pecado, sino todo lo contrario. Esto es aceptación incondicional.

Cuando alguien encuentra este clima de aceptación, fácilmente se abre ante el otro y se acerca a él. La relación interpersonal emprende un camino de profundización, de amistad y, tal vez, llegue a una verdadera experiencia de amor cristiano.

El sacerdote del futuro, de la sociedad industrializada, se ve llamado a realizar su apostolado a través del trato personal.<sup>47</sup> Es decir lo mismo

<sup>44</sup> A. Lowen, Ob. Cit. p. 244.

<sup>45</sup> Cfr. Gen 2, 2,15; Cfr. J. David, "La fuerza creadora del hombre. Teología del trabajo y de la técnica", en *Mysterium Salutis*, Vol. II, Tomo II, Madrid 1969, pp. 881-899.

<sup>46</sup> Rogers y otros, Ob. Cit. pp. 89-91.

<sup>47</sup> E. Colagiovanni, *Crisi vere e false nel ruolo del prete oggi*, pp. 55-75.

que hicieron los apóstoles de las primeras comunidades y lo mismo que se nos pide a los que trabajamos en la actualidad.

Pero la persona que cada día madura más y más, no puede restringir su interés al círculo de su comunidad. Los medios de comunicación masiva han abierto los horizontes del mundo y el hombre contemporáneo se siente hermano de todos los hombres. Esto suele referirse más vivamente a los hermanos de raza o población. Mucho más cuando se trata de un cristiano que toca la miseria, el hambre, el dolor y la injusticia de los pobres, de los marginados y de los campesinos. Ante tal situación un hombre que se ha ido convirtiendo en persona no puede permanecer mudo ni inactivo. Su misma calidad humana lo empuja desde el interior de sí mismo. La convicción y los sentimientos personales bastan para producir conductas concretas de compromiso con el hermano.<sup>48</sup>

Obviamente, cuando se da esta coincidencia entre el impulso natural y la urgencia de la caridad cristiana, nos encontramos con el sacerdote que el hombre latinoamericano necesita. El sacerdote que se entregue generosamente, sin interés de dominio, ni de poder, ni de dinero. Justamente, Rogers afirma que lo que él llama "aceptación incondicional" coincide con lo que los teólogos llaman "agape".<sup>49</sup>

A grandes líneas he trazado algunos rasgos de una vida espiritual que mantiene los elementos señalados en la Sagrada Escritura y vividos por la Iglesia a lo largo de los siglos, pero que ahora se desborda a toda la realidad del hombre latinoamericano. Al mismo tiempo he repasado algunas características del hombre que se adentra en el proceso de convertirse en una persona madura. Los sacerdotes quisiéramos unir el dinamismo humano y el espiritual para poder realizarnos y ser útiles a nuestra sociedad y a la comunidad eclesial. Sin embargo, necesitamos ayuda. Es por esto que a continuación señalaré algunas posibles pistas para solucionar los problemas que los sacerdotes tenemos que enfrentar a nivel psíquico y espiritual. Quiera Dios que los superiores y obispos sepan ocuparse de sus sacerdotes. Ojalá que se lancen a la realización efectiva de la *pastoral sacerdotal*. También nosotros necesitamos apóstoles santos y humanamente maduros que estimulen o "faciliten" nuestro total desarrollo humano y espiritual.

## II. Facilitación del Proceso de Maduración Sacerdotal.

### 1. Objetivo general

Se pretende concientizar a obispos y sacerdotes sobre la necesidad de una formación sacerdotal permanente que estimule y acompañe, con medios preferentemente experienciales ("grupos de encuentro", psicoterapia

<sup>48</sup> Rogers y otros, Ob. Cit. pp. 49-50.

<sup>49</sup> Ibid. p. 91.

individual, grupos de oración, comunidades eclesiales de base, oración personal, "jornadas de contemplación", etc.), el crecimiento integral y constante del sacerdote como persona y cristiano; implicando los niveles: psíquico-espiritual, comunitario teologal, sociológico-pastoral y teológico-intelectual.

## 2. Clero joven

*Objetivo particular:* Que el sacerdote sea acompañado con entrevistas personales (una vez al mes), por un equipo de especialistas a tiempo completo (orientador espiritual, un pastoralista y un psicólogo), durante los primeros 10 años de su vida pastoral, para que en forma creativa encarne lo aprendido en el seminario dentro de su realidad actual y prosiga su proceso de desarrollo personal, comunitario, socio-político, espiritual y apostólico.

*Necesidades y problemas:* a) Prolongar las conductas positivas aprendidas en el seminario: estudio e investigación, comunión con otros sacerdotes, entrenamiento y experimentación pastoral, supervisión y evaluación del trabajo, oración personal y litúrgica, vivencia teologal de los sacramentos, etc.

b) Formar o estimular, si ya existe, la comunidad eclesial e integrarse como verdadero miembro de ella.

c) Asumir responsabilidades humanas, pastorales y espirituales cultivando una sana creatividad e iniciativa, en comunión con el Obispo, presbiterio y superiores.

d) Seguir integrando el propio cuerpo, la sexualidad y afectividad de manera que todo colabore para realizar un trabajo "placentero" y poder llegar a la amistad cristiana con otros sacerdotes y con los colaboradores pastorales.

e) Aprender a disponer del tiempo para poder equilibrar: trabajo y descanso, consagración y compromiso socio-político, desarrollo personal y promoción de otros, acción y contemplación.

f) Ir clarificando el propio rol (expectativas de otros derechos personales de tipo social) como sacerdote que vive una realidad social, política, económica, religioso-popular y ambiental bien específica.

g) Reconocer, en los ambientes urbanos, que la nueva sociedad exige la especialización dentro de la pastoral, como ocurre en otras profesiones (la medicina por ejemplo).

h) Mantener vivo el proceso de discernir la realidad, convertirse y encarnarse en ella como verdadero "embajador de Cristo" (Cor 5, 18-20).

i) Discernir, a la luz de la Palabra, cuál es la voluntad del Padre respecto a los acontecimientos comunitarios, sociales y eclesiales del lugar.

j) Conservar la experiencia aprendida en el seminario de "vivir en trato familiar y asiduo con el Padre por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo"<sup>50</sup> en cualquier circunstancia: casa, calle, cine, templo, etc.

*Soluciones posibles:* a) Concientizar (mediante cursos o conferencias), a Obispos, superiores y sacerdotes acerca de la necesidad que todos tenemos de prolongar nuestro desarrollo intelectual, personal o psicológico, espiritual y pastoral.

b) Contar, por lo menos a nivel interdiocesano o intercongregacional, con un equipo de especialistas que faciliten el proceso de maduración sacerdotal, sea en las circunstancias normales de la vida, sea en los momentos de crisis afectiva, de fe, de identidad, de relación con el Obispo o superiores, etc.<sup>51</sup>

c) Preparar oportunamente a los posibles integrantes del equipo de especialistas sean sacerdotes o religiosos, sean profesionistas laicos.

d) Organizar la pastoral de conjunto de forma que los sacerdotes tengan el tiempo y las posibilidades económicas que les permitan participar en cursos breves (teología, madurez humana, espiritualidad) y en retiros y ejercicios espirituales.

e) Planificar para evitar la improvisación de los retiros y ejercicios espirituales, de forma que respondan a las necesidades reales del clero.

f) Que los predicadores de retiros espirituales sean capaces de estimular una vivencia de lo más esencial: una experiencia fuerte de Dios y una conversión al compromiso social y evangelizador.

g) Ofrecer retiros tipo "jornadas de contemplación" que pueden centrar la vida en la amistad contemplativa con Dios Trino, de forma que el sacerdote busque, —como Cristo—, que las estructuras sociales, eclesiales y el mismo trabajo pastoral se centren en la persona concreta y en la comunidad.

h) Que por lo menos, en cada diócesis o provincia religiosa, se disponga de un directorio de especialistas: orientadores espirituales, predicadores de retiros renovados, psicólogos, psiquiatras, moralistas, pastoralistas, etc.

### 3. Clero meridiano

*Objetivo particular:* Que el equipo que acompaña el proceso de maduración sacerdotal promueva un alto en el camino después de 10 años de ministerio. Esto será con el fin de ofrecer al sacerdote la posibilidad de un curso de renovación (durante 2 semestres), de un estudio de personalidad y de una experiencia fuerte y prolongada de Dios (un mes). Posteriormente, el equipo seguirá al sacerdote en su vida pastoral para acompañarlo en su crisis, en los momentos de estancamiento y fatiga, estimulándolo a la co-

<sup>50</sup> Vaticano II, *Optatam Totius*, 8.

<sup>51</sup> E. Colagiovanni, *Art. cit.* pp. 189-210.

municación con otros sacerdotes, a la profundización de su compromiso social y pastoral con el pueblo y a la intensificación de la unión amistosa con las Personas divinas.

*Necesidades y problemas:* a) Reconocer el desgaste intelectual, emocional, físico, espiritual y pastoral producido por el paso de los años. Muchos sacerdotes tienen la sensación de haber agotado todos sus recursos.

b) Superar los posibles desajustes personales producidos por las tensiones y dificultades de la vida: sentimientos de incapacidad, inseguridad, minusvalía personal y las dificultades en las relaciones humanas: agresión, desconfianza, aislamiento, soledad, etc.

c) Vencer la rutina mecánica, el profesionalismo, el desaliento ante los fracasos, la tentación de la violencia, las actitudes negativas; crítica, rebeldía, etc.

d) Aprender a integrar la renovada tendencia afectivo-sexual ("demonio meridiano"), para poder utilizar su fuerza en la creación de empresas pastorales, en el servicio a los necesitados y en la amistad con los hermanos y con Cristo.

e) Afrontar las crisis espirituales que hacen perder de vista el sentido del sacerdocio cristiano y suelen llevar a soluciones insostenibles: abandono del ministerio, vida doble, desahogos mediante el dinero o el alcohol, etc.

f) Centrar la vida de Cristo para saber comportarse como El lo haría en cualquier circunstancia personal, social o eclesial.

g) Reconocer la acción del Espíritu a través de los acontecimientos que nos crucifican, para poder aceptar con fe y amor los sufrimientos, enfermedades, incomprensiones y dificultades.

h) Poder aceptar con esperanza viva, que Dios Padre está presente en este continente donde la violencia se impone, los pobres sufren cada día más y las mayorías son oprimidas injustamente.

i) Descubrir el propio ministerio sacerdotal como lugar privilegiado para encontrarse con Dios y dejarse santificar por su Espíritu a semejanza de Cristo.

j) Irse adaptando a la senectud que ya se prevé con temor e inseguridad desde esta etapa meridiana.

*Soluciones posibles:* a) Ofrecer un año de renovación emocional, física, teológica-pastoral y espiritual en algún instituto que se interese por la persona integral del sacerdote.

b) Ofrecer la posibilidad de hacerse un estudio de personalidad que revele el estado actual del sacerdote.

c) Que de acuerdo a los resultados del estudio de personalidad, tenga la oportunidad de seguir un proceso de psicoterapia y orientación espiritual en forma sistemática.

d) Organizar cursos de espiritualidad latinoamericana y presbiteral que permitan captar la realidad de América Latina en clave de "éxodo", de forma que mediante una actitud de esperanza, el sacerdote se asocie al plan de liberación dirigido por el Padre eterno.

e) Que según la organización conjunta de la diócesis o provincia religiosa, exista la posibilidad real de participar en una experiencia profunda de Dios (ejercicios de un mes, experiencia de soledad en una casa de oración, etc).

f) Realizar un estudio serio sobre las necesidades más urgentes de los sacerdotes que ahora están en el ministerio, para ofrecerles soluciones prontas y eficaces.

g) Ir creando un fondo económico para poder apoyar estas iniciativas de renovación y desarrollo sacerdotal, así como también para formar y mantener el equipo de formación permanente.

#### 4. Clero anciano

*Objetivo particular:* Que disponga de los medios necesarios para poder ofrecer al sacerdote entrado en años un lugar adecuado, actividad pastoral proporcionada, oportunidad de comunicación humana y ambiente espiritual que le permitan adaptarse a esta etapa de su vida y prepararse psicológica y espiritualmente para la muerte.

*Necesidades y problemas:* a) Aprender a asumir con tranquilidad, alegría y amor: la enfermedad, el declinar de las facultades, la improductividad externa y la impotencia propia de esta edad.

b) Tomar las iniciativas personales que le permitan mantenerse en comunicación con el pueblo, familiares, comunidad presbiteral o religiosa y con el Obispo o superiores.

c) Tratar de abrirse al Espíritu Santo que renueva todo, para no sentirse cortado de los cambios sociales, teológicos y pastorales.

d) No negarse la autoestima que le permita reconocer la propia dignidad de persona e hijo de Dios, por lo que es merecedor de respeto y cariño por parte de los demás. Añadiendo, obviamente, los méritos del pasado y la experiencia existencial del presente.

e) Afrontar y asimilar los temores y angustias producidas por la cercanía del más allá.

f) Intensificar las relaciones personales con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo, para poder experimentar la muerte como la promesa de un encuentro feliz y amistoso con Dios.

g) Entregarse a un constante diálogo de tú a tú con el Espíritu Santo para que produzca en el sacerdote sus frutos de "amor, alegría y paz" y

así pueda practicar el apostolado de la oración, del testimonio y del ejemplo de vida cristiana.

*Soluciones posibles:* a) Que el equipo de especialistas ofrezca a los ancianos una atención personal (una entrevista al mes).

b) Que estos sacerdotes vivan en un lugar que cuente con las condiciones que su edad y características personales requieren.

c) Que, aparte de los cursos ofrecidos a todo el presbiteriado, cuenten también con retiros o ejercicios espirituales adaptados a las peculiaridades psicológicas y espirituales de la senectud.

d) Que se establezca una edad de retiro para los sacerdotes, pero de forma que cuenten con lo necesario para vivir y puedan dejar sus actividades pastorales en manos de sacerdotes más efectivos y actualizados.

e) Que sea creado un fondo suficiente para ofrecer a los ancianos las comodidades y cuidados que en justicia se merecen.

f) Que se ofrezca al clero anciano una asesoría jurídica y financiera que les permita ordenar sus asuntos.

g) Que se realice un estudio estadístico sobre el clero anciano: número de personas, medios de subsistencia, relaciones con el presbiterio o comunidad, etc.

### Conclusiones

No es posible encomiar suficientemente la importancia de la llamada "formación permanente del clero". Entra de lleno en la perspectiva de la pastoral. Y si la pastoral vocacional es considerada como uno de los puntos centrales del apostolado, con mucha más razón debe ser colocada al centro la pastoral que se ocupa de sacerdotes ya ordenados.

Teniendo en cuenta las consideraciones que preceden, podemos llegar a las conclusiones siguientes:

1. Es necesario tomar las medidas que permitan la formación efectiva de un equipo de responsables de la formación permanente que cuente con el tiempo necesario y con los medios indispensables para su labor.

2. La vida espiritual ocurre en la persona y, por lo mismo, debemos procurar nuestro crecimiento y madurez psíquicas para que la gracia encuentre un terreno fecundo.

3. Si atendemos a las estadísticas acerca de la motivación del abandono del ministerio, nos encontramos con un porcentaje elevado que señala el celibato como uno de los motivos más frecuentes para solicitar la dispensa: 94.44% es el promedio de los años 1964-1969.<sup>52</sup> Por tanto, es urgente la atención debida a esta área de la personalidad de nosotros los sa-

<sup>52</sup> Ibid. p. 193.

cerdotes en cualquiera de las tres etapas de nuestra vida. En este aspecto, el auxilio de la espiritualidad, bien encarnada, se revela como imprescindible.

4. La espiritualidad ha de centrarse en la disposición para acoger la gracia de la contemplación. En ella se da, ordinariamente, la "experiencia de Dios" que las características de nuestro tiempo y las exigencias del hombre contemporáneo requieren.<sup>53</sup>

5. Dejándose llevar por los signos de los tiempos, es necesario continuar los esfuerzos que permitan integrar comunidades presbiterales y conseguir que las comunidades religiosas lo sean de veras.<sup>54</sup>

6. La formación permanente del clero responde a necesidades muy concretas que hoy por hoy son experimentadas por los sacerdotes de cualquier edad y condición. En consecuencia, podríamos pensar que el Espíritu Santo demanda e inspira el interés por esta nueva forma de la pastoral eclesial.

7. Todos los sacerdotes, en especial quienes tengan algún tipo de responsabilidad, somos invitados por la realidad del sacerdote latinoamericano tan lleno de trabajo y exigencias pastorales, a establecer una escala de prioridades apostólicas, de forma que nos atrevamos a colocar en primer término a los sacerdotes.

<sup>53</sup> Esquerda Bifet, *Teología de la Espiritualidad sacerdotal*, Madrid 1976, pp.13-14.

<sup>54</sup> B. Kloppenburg, Ob. Cit. pp. 149-153.